

CUATRICENTENARIO

“ALONSO BERRUGUETE Y SUS FIGURAS”

Escribe: LUIS NAVARRO

El Amor y la Muerte, el Extasis y la Nada, gesto español de puro abolengo trágico. He aquí a Don Alonso Berruguete, escultor que nació en la villa de Paredes de Nava, provincia de Palencia, “por los años de 1480” y murió en Toledo el año de 1561. En el Casón del Retiro de Madrid sus silentes “creaturas” celebran con música de Victoria el cuatricentenario del maestro. Sobre el terciopelo verde y escarlata Adoraciones y Calvarios donde se retrata a lo vivo el pensamiento taumaturgo de la España terrible del siglo XVI.

Así como Cano y Salcillo pertenecen a la Escuela Meridional con su imaginaria sentimental y mansa, de líneas dulces y plástica armoniosa; Berruguete es el más destacado representante, junto a Gregorio Hernández, de la llamada Escuela Castellana de Escultura donde el claro oscuro barroco se muestra perpendicular de luces y de sombras y el gesto se acentúa emocional, rotundo. El juego muscular de sus figuras recuerda con insistencia el virtuosismo y la fuerza de un maestro italiano, Miguel Angel Buonarroti, bajo cuya dirección estudió en Italia en 1503. “Su regreso a España, dice Matías Sangrador Vitores, forma verdaderamente época en la historia de la escultura, porque fue el primer español que difundió en ella las luces de la corrección del dibujo, de las buenas proporciones del cuerpo humano, de la grandiosidad de las formas, de la expresión y de otras sublimes partes de la pintura, (también fue pintor), y de la escultura”. (Lo de “sublimes partes” se le puede perdonar a la terminología de un crítico de “l’ancien vague”).

Pero lo original y denso en la plástica de Berruguete no se encuentra precisamente en lo que señala el señor Sangrador; la estatura artística del palentino se mide por su vigor expresivo, por su prodigioso poder patético, por el modo de colocar las extremidades de sus figuras. Hay un lenguaje plástico profundo que se desarrolla e interpreta en función de la postura que adopten sus personajes. Los codos, las rodillas, las muñecas, la garganta, forman deliberadamente una valoración de signos emotivos, un engranaje de aristas que se contraponen y funden para el estremecimiento total del gesto. En los Profetas la línea del cuello se tensa y determina las posiciones del tronco y las extremidades; en los Apóstoles los

brazos dominan toda la plástica de la imagen; en los Santos y en las Vírgenes son los ángulos de los codos, la geometría de las manos o la inclinación de la cabeza los que condicionan la organización de la línea plástica. Hay conjunciones eclécticas de estos epicentros expresivos en Los Calvarios, desde tres vértices: rodillas, cabezas y manos.

Por otra parte, la proporción no parece preocuparle a Berruguete y sacrifica ésta en beneficio de lo verticalmente emocional: la expresión. Muchas cabezas se reducen y muchas extremidades se prolongan cuando lo sustancial del gesto lo requiere. Ahí están San Pedro y San Pablo con testas diminutas hasta las que suben largas y enérgicas las medidas de las piernas y los brazos; o los Calvarios de desencajada holgura en las formas articuladas; o la espléndida robustez de los cuellos de los Profetas en evidente contradicción con los tobillos o las muñecas. Es la lógica expresiva de Berruguete quien altera los cánones de la forma. Todos lo sabemos. No es su defecto sino su virtud, su genial maestría para decir. Lo ha hecho Picasso en su "Guernica", Lembruckh, Lobo, Moore en sus esculturas, y nadie puede dudar de sus respectivas capacidades técnicas en este siglo de inefable buena fe estética.

Patética visión, retablo de maravillas y tormentos ascéticos, lumbre y fantasma de la España oscura y evangélica, abren memoria en el Casón del Retiro de Madrid estos personajes eternos como rancios esperpentos de un pueblo creyente y radical. Desde el Museo Nacional de Escultura de Valladolid, desde el retablo mayor de La Mejorada, desde Olmedo, desde el Colegio Mayor de los Irlandeses de Salamanca, desde Toledo y Medina del Campo, llega a Madrid Alonso Berruguete con una distancia de cuatrocientos años. Es una visita de personería y no de ceremonia, al lado de Velásquez y Lope de Vega, centenarios y jóvenes siempre.

Madrid, febrero de 1962.